

»Arrojad al fuego el Syllabus, que no es sino un acto de enagenación mental. Charentón lo hubiera desaprobado en sus momentos de lucidez. El Vaticano lo ha impuesto á sus obispos; éstos lo han aceptado de rodillas, pero lo han maldecido interiormente. Los forzados á observar lo han desnaturalizado su sentido para atenuar su alcance, y entre otros el obispo Dupanloup; ¡pero habéis mentido Monseñor!

»El Syllabus, Santo Padre, cualquiera que sea el comentario que de él se haga, es el guante arrojado á la civilización, y de buena ó de mala gana, es necesario aceptar ó rehusar el cartel. Hablad, pues, desde lo alto de vuestro Siná; pero creedme; apresuraos, porque es tiempo de hacer tolerable á la Iglesia, durante el interregno que separa al mundo antiguo del mundo nuevo.

»No se es ya fanático hoy; y el mundo sólo es anticuario, dejándoos á vosotros el beneficio de lo secular. Se tendrá para con vos el respeto que se debe á lo que fué, y á lo que tuvo su razón de ser hasta cierto límite; pero yo me engañaría á mí mismo si pretendiese meceros en cuna de ilusiones. Ni vos ni nadie puede regenerar el catolicismo, pero vos podréis honrar su fin. La muerte tiene también su gloria, y yo no sé qué melancólica belleza. En los desiertos del Nilo se encuentran esparcidas acá y allá elevadas columnas de granito aún en pié, como límites miliarios de tiempos pasados; y cuando la noche cae, y la llanura se sumerge en la sombra, su cima brilla con los reflejos del crepúsculo, y ellas reciben el último adiós del sol poniente.»

XX.

«¿Qué es el hombre? ¿Qué es lo que debe ser? Toda la moral está en ese conocimiento, y ella no es en el fondo sino la noción de nuestro destino, y la conformidad de nuestros actos á ese conocimiento.

El animal no tiene destino; obedece á una ley natural que no puede modificar ni quebrantar. La víspera es siempre para él, el siguiente día.

«De dónde viene? ¿A dónde va? Hé aquí la eterna cuestión de toda religión, así como de toda filosofía. ¿Qué responde la Iglesia romana? Ella contesta, que el hombre es hijo del pecado, y que lo es, por haber escuchado á la mujer, que, á su vez, escuchó también á la serpiente.

Dios lanza al hombre del Edén, le retira la voluptuosidad de la pereza, y le impone el trabajo como castigo. *Tú trabajarás la tierra con el sudor de tu frente.* Y maltrata todavía más á la mujer: *tú engendrarás en el dolor:* su título de madre es, también, un castigo.

A partir de aquel momento, el hombre no es más que el mal encarnado; piense lo que quiera, sienta lo que sintiese, y haga lo que hiciese; no puede ya sino premeditar, sentir y hacer el mal sin que le quede siquiera la elección entre el mal y el bien, en virtud de su libertad; y de tal manera ha llegado á ser el mal un segundo sér

más poderoso que el bien, que es para el hombre como otra sustancia infiltrada en toda su naturaleza física y moral, si bien que no se podría exprimir la esponja humana para lavarla, sin hacer destilar de ella el virus del primer pecado.

Y sin embargo; el hombre no tenía en sí mismo toda la identificación del mal. El Dios de la leyenda adhiere á nuestros pasos, siempre por espíritu de venganza, un sér todavía más maléfico que el hombre, después de su caída; este sér tiene por misión expresa pervertir hasta el crimen á cada uno de nosotros para que Dios pueda castigarlo más cruelmente, y este parásito del hombre mora dentro de nosotros mismos para inspirarnos la tentación del pecado.

Cualquiera que sea su nombre de guerra, él sale del fondo de la tierra, todavía embriagado de los encantos del infierno, y viene á hacer entre nosotros el corretaje de las almas para aumentar la cifra de la colonia infernal. Admitido este dato del destino humano, bajo la palabra de un mito, no puede ser otra su conveniencia, sinó que el hombre pervertido por el pecado, y arrastrado sin cesar á la tentación del mal, por un intermediario designado para el objeto, no tiene otra cosa que hacer en el mundo que huir del pecado, para escapar de la condenación eterna. La teología de la venganza divina no ha inventado la inmortalidad del alma, sinó para discernirla el honor de la inmortalidad del sufrimiento.

Huir del pecado, y cómo?, Después de la caída de Adán, un Dios de mal humor ha hecho de todos nuestros organos, pecadores; de todas

nuestras facultades, pecadoras. Los unos y las otras no pueden conducirnos sinó á la perdición, sin que sea posible suprimirlos á menos de destruir al hombre mismo; y es preciso, por tanto, comprimirlos, ó mejor todavía, anonadarlos.

El cristiano, perfecto en este orden de moral, debe preferir la insensibilidad á la sensación; porque siendo ésta, tal vez, un goce, todo goce es una infracción de la penitencia. El pecado flota constantemente á nuestro rededor, y se introduce en nosotros por todos los poros de nuestro organismo. No miréis; porque vuestra mirada puede encontrar la belleza, y todo lo bello es concupiscencia. No respiréis; porque podéis aspirar un perfume, y sólo el de los inciensos es el permitido; cualquier otro sería capaz de despertar al Demonio. No escuchéis; porque Dios sabe lo que se puede oír. ¡Ah! ¡isi Eva no hubiese escuchado á la serpiente! Por el oído de la mujer es por donde ha entrado el mal en la humanidad.

Ignorad; la ignorancia es la castidad del espíritu, mientras que la ciencia es su intemperancia. El hombre no tiene necesidad de saber sinó una cosa; que él es un sér impuro y que no puede restañar la mancha de su origen sinó por medio de la penitencia. Pero ¿cuál es ésta? La reconciliación, la maceración, la flagelación y la lamentación. Un rosario, unas disciplinas y un cilicio; tales son las provisiones divinas para nuestra salvación, que se hallan al alcance de todos los cristianos, y aun podrían caber en las manos de un niño.

El trabajo es el primer castigo del hombre caído: el matrimonio el segundo, si no explicita,

á lo menos, implícitamente, según la teogonía de la Iglesia. Es para ella, un estado inferior, el *vas infirmius* de la teología; y todo lo más que ésta consiente, es relegarlo á la categoría de esos casos de fuerza mayor que es preciso tolerar, pero que no se deben alentar. La Iglesia pretende elevar el matrimonio al rango de sacramento; pero ¿qué pesa en su espíritu la madre de familia con su escolta de honor de hijos y nietos, al lado de una virginidad inveterada de sesenta años, que jamás ha hecho á su Dios la injuria de concebir?

Si alguna desposada se presenta en una capilla de su parroquia, con corona de flores de azahar en su cabeza, un suizo vestido á la francesa irá á recibirla á la puerta y la conducirá hasta el altar, golpeando el suelo con su alabarda, y el cura bendecirá, sin duda, en latín, la unión de los dos cónyuges; pero sólo lo hará con el borde de los labios, porque ¿qué es en el fondo esa bendición sinó la reprobación tácita del celibato, y una especie de aplazamiento indefinido para el mismo que bendice, de entrar en el orden de la naturaleza?

Pero, si una novicia del convento, por el contrario, llega ante ese mismo altar para consagrarse á Dios en el fondo de un claustro con la oscuridad en su rostro y la noche en su alma, ¡Ahl entonces no hay coquetería de tocador que la Iglesia no emplee para atraerla al yugo de ese asesinato del corazón auxiliándose con el armonioso sonido del órgano, y el perfume del incienso para cantar el *gloria in excelsis Deo!* porque el sacerdote acaba de arrancar una presa al demonio.

Poco há, sólo casaba un hombre con una mujer, y esa mujer maldecida desde el primer día, condenada á perpetuidad, todavía más, á engendrar en el dolor, como si este mismo dolor no fuese un lazo patético de más entre la madre y el hijo, cuando el amor maternal tiene necesidad de abnegación, y tanto más es inmenso cuanto mayor sufrimiento encarna. Pero por la consagración del velo, el sacerdote casa á la mujer con Cristo, místicamente, se entiende, porque de otra manera el ginéceo sería muy embrollado. Hay pues, á los ojos de la Iglesia entre el matrimonio y el celibato, toda la distancia que media entre el cielo y la tierra, ó entre Dios y el hombre; sólo Dios es el verdadero marido; y el matrimonio no es ya, desde entonces, sinó una infidelidad al Señor. Con esta concepción del matrimonio llevada hasta la última consecuencia, el mono, nuestro burlesco homónimo de figura bastaría para comprobar que el hombre ha existido.

El hombre, virgen á perpetuidad; la mujer virgen también: un sexo por un lado y el otro por el de allá, y ambos separados por un muro en forma de prisión para más garantía; tal es el ideal; pero le falta una sanción, y es que se envíe al presidio á todo monje sorprendido en flagrante delito.

La propiedad hija del trabajo, por más que haya podido decirse, lleva también el estigma del pecado original. El principio sagrado de lo tuyo y de lo mío, este agente provocador de la actividad humana, ha sido siempre rechazado por la Iglesia como un robo á la humanidad. Todo de todos, y nada de nadie fué su primera

palabra el día mismo en que bajaba del Calvario para ir á tomar posesión del universo. El Evangelio la había preparado bastante para el comunismo, con el menosprecio que el Mesías quería que se hiciese, en todas circunstancias, de las riquezas.

«Es una iniquidad, afirma S. Clemente, que se haya hecho decir á alguno, esto es mío, y á otro, aquello me pertenece, pues de aquí ha procedido el desorden entre los mortales.» «Toda propiedad está renegada por el Cristo, responde San Agustín, añadiendo, ¿de dónde vienen todos los males? Únicamente de la propiedad.»

«Toda propiedad, replica San Gerónimo, es una injusticia, porque un hombre no puede poseer sinó con detrimento de los demás sus semejantes.»

«La naturaleza, dice S. Ambrosio, ha creado el derecho de comunidad; y la usurpación solamente ha canonizado la propiedad.»

San Juan Crisóstomo ha llevado aún más lejos el menosprecio al derecho de propiedad: «todo propietario, dice, es un ladrón en el camino real.»

Pero al lado de la propiedad propiamente dicha, en la cual únicamente entraba la de los bienes raíces, existía la propiedad mobiliaria del numerario que se llama el capital, sin que éste lo constituya todo entero. El capital es infinitamente más complejo, y lo representa todo el trabajo secular economizado y revertido de generación en generación, así como toda exención del trabajo por hacer, por el trabajo ya hecho, sea en el campo, en el mar, en el ca-

mino, en el puerto, en la granja ó en la casa. Mas, para que el capital, este redentor de la humanidad pueda existir, es preciso que el valor de lo adquirido por el trabajo sea, á su vez, reproductivo de otro valor. Ahora bien; de todos los valores el más benéfico es el numerario, no sólo porque representa los otros capitales, como que los poneen movimiento, sinó porque sobre todos ellos, él sólo permite el ahorro. Que se suprima la renta del dinero, y al instante se suprime el móvil del ahorro, para que nadie pueda economizar. La riqueza, ó por mejor expresarnos, la pobreza pública queda estancada en el momento que el hombre, no teniendo incitante para la economía, ha dejado de economizar. Cada uno gastará, día por día, lo que ha producido, y no querrá legar á lo porvenir, sinó lo que haya recibido de lo pasado, y la herencia humana será despojada de todo lo que le aporte el ahorro.

Y sin embargo, la Iglesia siempre poseída de la idea de que el trabajo es un castigo y de que el castigo podría hacerse agradable por la riqueza, ha procurado herir de esterilidad al numerario por el interdicto que ha lanzado sobre el préstamo con interés. No sólo ha hecho del préstamo interesado por mínimo que sea, un pecado, sinó que también ha obligado á la legislación civil del antiguo régimen á calificarlo como un delito, y todavía más, como un crimen castigado con la pena infamante de la picota.

Colbert quiso fundar en París una banca bajo el modelo de la de Amsterdán. Bosuet le significó en nombre de la asamblea del clero

que renunciase á esa herejía so pena de excomuni6n, y Colbert agobiado por esta amenaza, tuvo que renunciar á la primera de todas las instituciones de crédito.

El negro esclavo no podía poseer sin6 su peculio, es decir el poco dinero que su amo le daba, 6 le abandonaba á título de generosidad 6 de recompensa. De todos los medios de prosperidad, el más sagrado era, seguramente el peculio, puesto que podía emplearse en el rescate del mismo esclavo; pero para festinar, 6 permitir este rescate, era preciso que el negro pudiese sacar de él algún beneficio en calidad de interés.

Se consultó á la corte de Roma, á cuyo frente se hallaba Benito XIV, el papa mejor del siglo XVIII, y respondió impiamente: «N6, el esclavo no puede sacar renta alguna de su peculio, aunque sea para redimirse de la servidumbre, porque la interdicci6n del préstamo con interés es un dogma de la Iglesia, inmutable, invariable como lo ha probado Bosuet; un dogma *ubique et semper* inscrito en el Evangelio: *mutuum date nihil inde sperantes* confirmado por todos los concilios, afirmado por todos los papas, impreso en todos los catecismos hasta el año 1822 en que desapareció de repente por un acuerdo de la Penitenciaría que permitía el préstamo á interés con tal de que se hiciese á la buena fe. Cuando se le preguntó lo que queria dar á entender, con que fuese á la buena fe, replicó: «Ya he respondido;» y desde entonces no ha sido posible sacar de Roma otra respuesta.

No es menos cierto que durante mil ocho-

cientos años la Iglesia tuvo reprobada la primera virtud del trabajo que es el ahorro; y cuando se vió precisada á capitular ante un siglo de producci6n que más importancia daba á su dinero que á un dogma, ha autorizado el préstamo á interés por medio de un equívoco, que salvó el amor propio del principio, rehusando, no obstante aplicarlo. Ahora, católicos, prestad á premio con toda seguridad de conciencia; vuestros padres no podían hacerlo, pero vosotros sí, con tal de que os parapetéis con la buena fe; es decir, que cobrando interés, tengáis la intenci6n de creer que prestáis sin premio ninguno: mentid á vuestra conciencia, y no cometéis ya pecado de ninguna clase.

Así pues, cuando la ley de la naturaleza, que es la más auténtica de las revelaciones nos dice, «trabajad,» la Iglesia nos enseña «no trabajéis:» cuando nos dice «casaos; la familia es por sí sola toda una religi6n que tiene por piedra fundamental el altar,» la Iglesia responde: «no os caséis, porque el celibato es el verdadero estado de santidad:» cuando, en fin, la ley natural nos dice: «poseed, porque la prosperidad es la prima del estímulo al trabajo,» la Iglesia dice, «tened cuidado, que la propiedad es una excitaci6n á la riqueza, y la riqueza á la perdi6n.»

Hay, en una palabra, entre el destino del hombre, tal cual está acreditado por la historia, que es la naturaleza en acci6n, y el criterio encontrado que de él ha formulado la Iglesia, la distancia inmensa de la mitología á la realidad.

XXI

Diós es perfecto, luego ha creado al hombre perfecto. Así lo dice la Iglesia; pero con tal perfección que la perdió inmediatamente, pues su primer paso sobre la tierra fué en falso y la humanidad cojea todavía por él.

El hombre, por el contrario, decimos nosotros, ha comenzado por ser imperfecto, y es esta misma imperfección la que constituye su grandeza, porque ella lo ha obligado, á impulso del áspero látigo del sufrimiento, á tomar la superintendencia del planeta. El es, entre todos los seres, el único que ha venido incompleto al mundo, pero el *confeccionador* universal le ha transmitido su dón de creación, diciéndole: «Acábate tú mismo.» Ha nacido, pues, para progresar, y sólo progresando, es que hace honor á su origen, y obedece á su destino, es decir, á la moral. ¿Dudáis de ello? Pues comparad su punto de partida con su punto de actualidad; ¿qué era él en su principio, y qué es en nuestro tiempo? Y nuestra época no es todavía la última etapa del progreso.

La ciencia ha vuelto á encontrar el extracto de nacimiento de la humanidad inscrito en la

última página de la época cuaternaria. Sabemos hoy con los comprobantes en la mano, que nuestra especie data de más de cien mil años y que es contemporánea con el *Elephas primigenius* y el *Ursus speluncus*, tipos borrados, hace siglos, del catálogo de la historia natural.

¿Qué era el hombre en aquella época prehistórica? Podemos decirlo con toda certidumbre, puesto que hemos encontrado el moviliario completo de su existencia, yacente al lado de su esqueleto; y era, lo que es ahora el salvaje más atrasado. Sea por el papóu ó por cualquier otro oriundo de Polinesia podemos darnos cuenta de nuestros primitivos abuelos. El hombre, reducido, entonces, á su minimum de existencia, no era sinó un animal como otro y menos bien organizado para su defensa y para su alimento. Rodeado de florestas vírgenes, de pantanos, de hondonadas, de montañas, de torrentes, de precipicios, estaba con su talla perpendicular, colocado en falso sobre dos piés solamente, que lo exponían, en su marcha á una caída continua, llegando á ser, en suma, prisionero del espacio.

No tenía otro vestido que su epidermis, otro alojamiento que un hueco de caverna tapado por la noche con un pedrusco de roca. El matrimonio no era para él, sinó la cópula sazónada con la violación; la mujer, sinó una hembra que usaba, y después de haberla aprovechado, la abandonaba y no pensaba más en ella. El macho de esta pareja de casual encuentro absorbido en la implacable necesidad de proveer á su alimento, cazaba al venado, devoraba una parte en el acto, y se llevaba el resto para co-

merlo más tarde en estado de putrefacción; dormía, después, en su antro con el sueño del bruto, y aspiraba en medio de sus somnolencias los perfumes de la carne corrompida.

Si este período de salvajismo hubiese persistido, el hombre no habría sido sinó un espécimen curioso de bestialidad, que no se distinguiría de sus cofrades de dientes caninos sinó por la particularidad, precisamente en su desventaja, de tener dos piernas de menos que los otros carnívoros, para correr en persecución de su alimento.

El clero ha podido decir á Dios «el trabajo es un castigo;» pero Dios ha respondido por la historia de la humanidad á los falsarios de su palabra enalteciendo sin cesar, en dignidad, al hombre; «y ¿por medio de cuál providencia? Por la facultad del trabajo.» ¿Qué es pues el trabajo sinó la acción del hombre dirigida por su inteligencia, y apropiada por ésta á su triple necesidad de sentir, de pensar y de producir? ¿Dónde estaría, entonces, el castigo? ¿En la acción? Pero mientras más poder de obrar tiene el hombre, más se aleja del animal. ¿En la inteligencia? No podríamos, entonces, bendecir, bastantemente, nuestro castigo.

Porque, en fin, si el salvaje de la época glacial es el hombre del siglo xix, ¿á quién lo debe? A su cerebro primero, y después, á su mano que es el apéndice de aquel, al mismo tiempo que el más admirable teclado del movimiento, puesto que de la mano dirigida por el cerebro es de donde el hombre ha sacado todos sus instrumentos de trabajo, como otros tantos órganos nuevos de su cuerpo, que puede tomar,

dejar y volver á tomar á su voluntad. El cerebro manda, la mano obedece, y á medida que el hombre pone en el extremo de sus dedos algún objeto con que alargar esos mismos dedos, bajo la forma de instrumento de trabajo, crea en sí un hombre nuevo, y prolonga más y más, la esfera de su existencia.

En la época en que no vivía sinó de la caza, cazaba sin cesar, pero no mataba siempre. Cuando no mataba, ayunaba y sufría; pero el dolor es una Némesis bienhechora que le fuerza á inventar un alimento menos precario que el del venado. Lo busca en su cabeza, y lo encuentra en la presa reservada del ganado que cría para la hora de la comida. Pasa, entonces, del estado de cazador al de pastoral; y así como llevaba antes por todo vestido la piel del animal, viste ahora la lana tejida del carnero; y si entonces se alojaba en el agujero de una roca, habita hoy la casa nómada de la tienda para estar á la mira, de horizonte en horizonte, de la tribu balante, á su cuidado, y proporcionarle pastos convenientes.

La mujer, hasta entonces indivisa entre todos los miembros de la comunidad para pertenecer al primero que la encontrase, ha llegado á ser una propiedad, y su propietario la toma bajo su protección contra los merodeadores que pretenden someterla al pillaje. Pero el alimento sacado de la carne del rebaño, menos incierto, sin duda, que el de la caza, entregaba, no obstante al hombre á la eventualidad del hambre, puesto que se consume más rápidamente de lo que hace su reproducción; y entonces inventa, siempre bajo la instigación del sufrimiento, el trigo,

que no ha podido encontrarse todavía en estado natural. Una vez en posesión de un alimento incorruptible que puede conservar un año para consumirlo á discreción en sus necesidades, no vaga más y fija su permanencia: la morada transitoria de la tienda toma consistencia en el suelo, bajo la forma de casa.

Había domesticado antes la cabra, el perro, el carnero, y trae á su servicio el buey, el asno, el caballo y ha encontrado el medio de producir fuego del sílex, y de reproducirlo indefinidamente. Hélo aquí, señor del mundo: él funde, pule el metal, y lo ductiliza para su más apropiado uso; fabrica la paleta, el serrucho, el arado; siembra el trigo, la cebada, el lino: planta la viña, el olivo, el manzano; y con el fuego en la mano, arrostra la naturaleza que no lo había maltratado en apariencia sinó para excitarlo al progreso; ataca la floresta, la abre de medio á medio, arranca las malezas, reduce en cierta manera, á cautividad la naturaleza en su propia casa; llega el invierno, y el hombre continúa el estío con un tizón encendido en el hogar; desaparece el sol, y el hombre retiene la luz en el aceite de la lámpara prolongando el día con la velada; transporta, el arroyo que ondule cerca de él, á la arcilla de su jarra, y aprisiona, en fin, entre los cuatro muros de su casa, el calor, la luz, la mies y el río.

El prisionero del espacio se escapa de sus ataduras: el torrente lo detenía; pero arroja un puente, y pasa. La floresta virgen lo rechazaba con sus inextricables tejidos de espinas y de lianas, pero se abre una ruta y pasa: la mar lo bloqueaba, pero arroja una balsa sobre la ola,

y atraviesa, y enlaza así la isla al continente, y éste á otro continente. Y por todas partes en que pone el pié para fundar allí una colonia, hace cambiar de aspecto á la tierra, la humaniza en cierta manera, y á su naturaleza primitiva de precipicios, de pantanos, de espesos bosques superpone otra naturaleza puramente humana de campos, viñas, prados, pueblos y ciudades, para ostentar que él también es un creador en el universo.

Pero el hombre no es solamente un sér que come y que bebe; es también un sér que siente y que piensa, y tiene una necesidad invencible de sentir y de pensar en común. Su voz no era en su origen, sinó un gáñido ó un aullido, el sonido repercutido, agudo ó áspero, de una emoción de alegría ó de espanto: más tarde modula el sonido y lo trasforma; y rima la palabra, y llega hasta formar la poesía. Mas, esta palabra no hace sinó pasar de un oído al otro, y el hombre la fija por medio de la escritura, para que hoy la voz de Homero nos llegue desde el fondo de los siglos, y podamos ser en realidad sus contemporáneos.

No hacemos aquí sinó hojear el libro del progreso, y al volver rápidamente la página, no podríamos sinó repetir lo que hemos dicho ya en la *Profesión de fe del siglo XIX* (1).

A este mundo material del globo, recorrido de un extremo á otro por el hombre, registrado, profundizado hasta en sus abismos para extraer de él la hulla, esta alma de la máquina, es indispensable añadir otro mundo intelectual

(1) Obra publicada del mismo autor.—N. del T.

que hace del hombre, el sublime inspirado de la creación, y pone su inteligencia en contacto con la divinidad: y ¿es de este gran favorito del infinito, de quien queréis hacer yo no sé qué condenado de pecado original, ó qué apercibido por la justicia?

Pero volved la cabeza, y mirad de frente el siglo XIX, este glorioso heresiarca que tiene, particularmente, el dón de irritaros. ¿No ha tenido la insolencia de operar milagros un poco más auténticos que las *citas* de la santa Virgen con los pastores? Él ha alistado á su servicio el vapor, este obrero por día, que hace por sí solo el trabajo de cuatrocientos millones de brazos, que corta los istmos, que perfora las montañas, que cubre los mares con la banderola de humo del va y viene de las innumerables escuadras de comercio, que aproximan los continentes á tan corta distancia que no semejan ya sinó archipiélagos, y entremezclan los pueblos de tal suerte, por su incesante movilidad de tamizes de caminos de hierro, que se diría que la Europa no forma más que una ciudad, y que no se tiene que atravesar más que la calle para ir á casa del vecino.

¿Quién habla hoy de tiempo ni de espacio? Los días no son más que horas, y los viajes paseos; y en estos momentos como si nuestro siglo fuese el núcleo de los grandes descubrimientos, la ciencia ha evocado la electricidad de la materia en que dormía para entrégarle la transmisión de su palabra. La Europa y la América, sentadas frente á frente, á mil leguas de distancia, entretienen fraternal conversación por el fondo del Océano.

El teléfono imprime tal alcance á la voz que del interior de su cámara, cada uno de nosotros puede asistir á una representación de ópera.

El gas convertido en un cielo de recambio releva al otro á la caída de la noche, y le devuelve estrella por estrella. ¿Y es en estos momentos en que el hombre escoltado de más esplendores y rayos que jamás iluminaron al profeta del Sinaí, abarca al mundo entero en su inmenso abrazo de Briaree (1), cuando sesenta clérigos vestidos de rojo vienen á hablarnos de nuestra decadencia! Señores cardenales ¡cuán pequeños sois al lado de la ciencia!

Y todo esto, camino de hierro, buque de vapor, iluminación de gas, ¿qué es sinó la ciencia maldecida por la Iglesia, la ciencia divina que, en menos de tres siglos, ha improvisado, acumulado descubrimiento sobre descubrimiento, el cálculo diferencial, la ley de gravitación, la física, la geología, la paleontología, la química, la fisiología y la biología?

¡Lo veis, pues, por los ojos de vuestros sentidos, hombres de tiempos antiguos! La ley del progreso, nuestro destino, nuestra moral están escritos con letras de oro, en cada renglón de nuestra existencia. Todo lo que os llega, todo lo que vosotros tocáis, vuestro alojamiento, vuestro hábito, vuestro libro, vuestro reloj, vuestro sér entero, todo es progreso, y repite á vuestro espíritu la palabra *progreso*, que es la consigna de la humanidad, y como consecuencia, el primer dogma de la moral.

(1) Gigante de cien brazos y cincuenta cabezas que atacó al cielo.—N. del T.

Pero ¿qué es él en sí mismo? Es el acrecentamiento de vida; no podremos cansarnos de repetirlo; el crecimiento de vida física, por mayores riquezas; de vida moral, por más simpatías; y de vida intelectual, por más vastos conocimientos. El hombre moderno vive más, en el mismo lapso de tiempo, que el hombre antiguo, por la variedad, y por la multiplicidad de sus actos, de sus emociones, de sus ideas. Cuando la víspera es exactamente semejante al día siguiente, éste y aquélla no constituyen sinó una sola jornada.

La moral católica por el contrario, es la negación de la vida. La vida para ella no es más que una prueba ó una expiación, y lo mejor que puede hacer el hombre es morir, para ir á revivir en otra parte. Cuando yo veo al clero pretendiendo detener la marcha de la humanidad, me parece ver á aquel negro de Santo Domingo que metía su cabeza por la boca de un cañón para impedirle que tronase. Yo he tomado el pulso del enfermo, y se agita todavía, pero con una pulsación tan tenue que el anciano parece que vive aún por hábito, y por haber olvidado morir.

¿Quién le sucederá?

XXII

La filosofía, responde Jouffroy; puesto que ella es la última expresión del espíritu humano.

Nó, replica Cousin que fué menos un filósofo que un flautista muy hábil para modular aires variados sobre no importa qué tema de metafísica. ¿Para qué pretender el reemplazo de la religión por la filosofía? Una y otra tienen en la sociedad su respectivo dominio, y puede añadirse, su atribución personal. La religión es una moral elemental, suficiente para quien no tiene la suma de estudios con que profundizar el grande alcance del problema humano.

La filosofía dice al hombre, ¡piensa!; pero el pensamiento es artículo de lujo que supone cierto grado de instrucción. La religión, por el contrario, le dice ¡cree! Hay que tener economía de tiempo; y bajo este concepto, una punta, aunque sea una sola punta de superstición puede tener su utilidad; porque ocupa al espíritu de la multitud y la distrae de la miseria. El fenómeno de la refracción es el beneficio del desierto, pues presenta al viajero moribundo de sed una cascada de agua en el horizonte, cuya ilusión lo alienta para ir adelante y soportar el peso abrumador del sol.